

CUENTOS DEL JAPÓN VIEJO. NO. 4.

EL VIEJECITO QUE HACÍA FLORECER
LOS ÁRBOLES SECOS.



製復許不有所權版
Es propiedad. Derechos reservados.

西文日本音嘶第四號
花 咲 爺
大正三年五月八日印刷
全 五月十四日發行
譯 者 エ ス バ ダ
發行者 長谷川武次郎
東京市下谷區上根岸町十七番地
印刷者 柴田喜一



Publicado é impreso por T. HASEGAWA, 17 Kami Negishi, Tokyo.

EL VIEJECITO

QUE HACÍA



FLORECER

LOS ÁRBOLES SECOS.

EN cierto lugar, cuyo nombr
no hace al caso, vivía un
anciano matrimonio que tenía pues-
tos sus amores en un perrito.

Un día, cavando el ancianito en
un sitio donde el perro había es-



carbado, se vió deliciosamente sorprendido al encontrar bajo tierra una regular cantidad de monedas de oro.

Es de saber que en la casa inmediata vivía otro matrimonio de ancianos; y éstos, que tenían muy mal corazón, verdes de envidia al saber la buena fortuna de sus bondadosos vecinos, pidieron que les prestaran el perrito. Cuando lo obtuvieron, lo cual fué cosa fácil, lo llevaron por un camino, anda que te andarás; pero el animalito no escarbaba; hasta que ellos, impacientes, le obligaron á hacerlo.

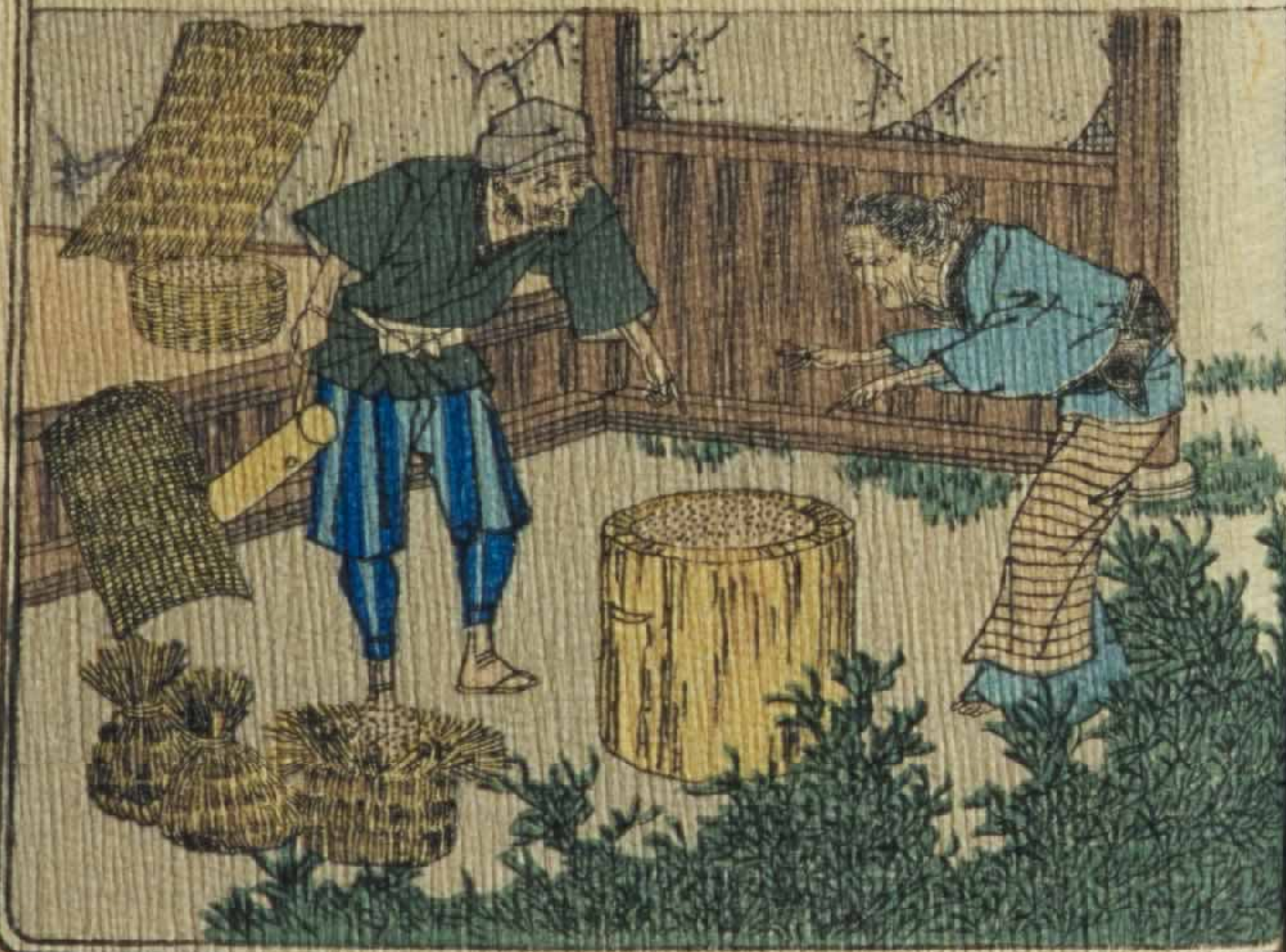


Cavó el mal viejo en aquel sitio,
y en lugar de oro lo que encontró
fué, ya lo
supondréis,

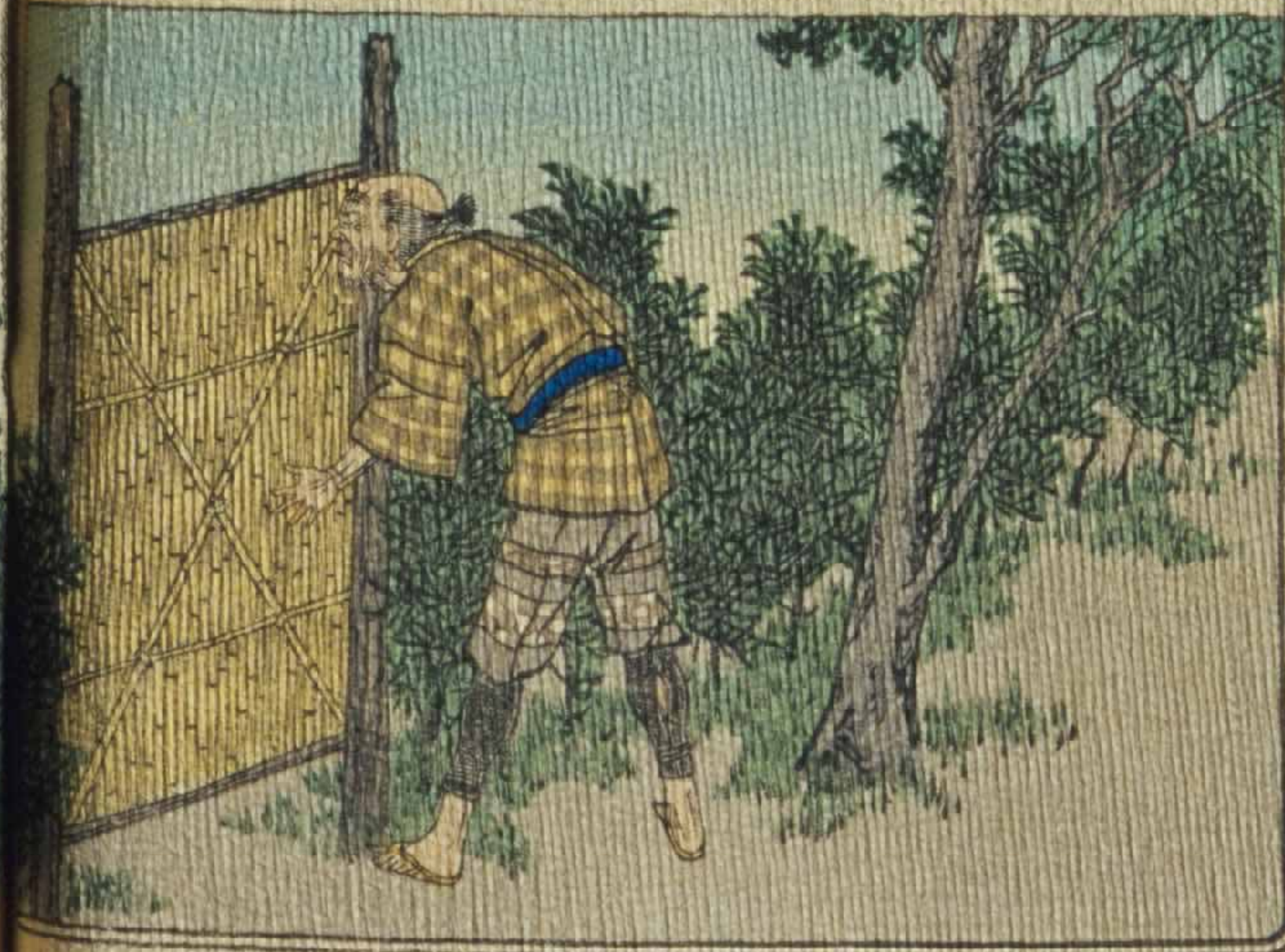


un depósito inmundo de basura.

Furiosos por lo que juzgaron burla, no siendo sino justo castigo á su avaricia, los viejos mataron al perro y lo enterraron al pie de un pino joven que había junto al camino.



El pino ; oh prodigio ! creció de pronto desmesuradamente; y el buen viejecito lo cortó é hizo un mortero de su madera. Y cuando se puso á majar cebada en aquel mortero, el grano empezó á fluir del fondo, rebosando sin cesar,





siempre, siem-
pre, siempre....

De nuevo el vecino malo sintió
envidia y pidió prestado el mara-
villoso mortero para majar en él su
cebada; pero apenas trató de
hacerlo, vió que su grano
quedaba vano y
carcomido.

Entonces su ira no tuvo límites;
cogió un hacha, y haciendo
leña del mortero, la
empleó en su horno.
El bondadoso y paciente vie-
jecito recogió un poco
de la ceniza en que
se había convertido
su mortero,



y arrojándola en las ramas de
los árboles secos, conseguía que
éstos floreciesen por encanto, aun
en lo más crudo del invierno.

Aquella virtud obtuvo debida y
generosa recompensa; el príncipe
que regía el país premió con oro,



plata y piezas de seda al anciano, á quien todos llamaban “el viejecito que hace florecer los árboles secos.”

De nuevo el vecino malo sintió envidia, y quiso emular la mara-

villosa virtud del buen viejecito. Pero cuando arrojó un puñado de ceniza á las ramas de un árbol seco, no sólo éste no floreció, sino que algunas cenizas fueron volando y se metieron en los ojos del príncipe.



Los cortesanos, ardiendo en indignación, gritaban: “¿Qué insolencia es ésta?”; y cogiendo por su cuenta al viejo, no hubo mano que no le midiera las espaldas. Sangrando, y con la cabeza llena de chichones, por milagro pudo el triste criminal escapar vivo. Cuando su mujer le vió volver á lo lejos, se dijo con satisfacción: “Por lo que veo, el príncipe ha recompensado también á mi marido, puesto que viene vestido de púrpura.”

Mas el júbilo le duró bien poco; al acercarse el desdichado y examinarlo más atentamente, vió que

lo que ella había tomado por púrpura era la sangre que empapaba las ropas del viejo. Este, víctima de su avaricia, cayó en cama para no levantarse más.



